

CABECERA

342

Fueron las huelgas convoca-
das en Euskadi en 2022, el
50% de las de todo el país

8,7%

Es el porcentaje de absentis-
mo en e País Vasco. La tasa
más alta de España

forma el caballo de batalla de la patronal vasca, Confebask, es el absentismo. La pérdida de horas de trabajo asciende en el País Vasco al 8,7% del total, según recoge el último informe de la compañía de recursos humanos Randstad. Es el más alto de España.

«Empleos sin valor añadido»

De todos modos, como recuerda el profesor de la Deusto Business School Guillermo Dorronsoro, sería un error achacar a estos elementos en exclusiva la pérdida de competitividad. Es «algo global», explica, y «un problema de Europa por la transformación de la industria». Y es que hacer una rueda en Polonia o en Marruecos será más barato que en Euskadi, aunque no hubiese huelgas. Por eso, dice, «debemos centrarnos en los procesos que dan valor» y desarrollar «innovación, captar talento y crear un entorno tecnológico». Toda la actividad que esté fuera de esa industria, que no genere valor añadido, recuerda, «sufrirá porque se va a destruir empleo».

El director de la Fundación Artizarra —que canaliza inversiones en empresas de Euskadi—, Jon Ander de las Fuentes, recuerda que la multilocalización es «una herramienta que emplean muchas multinacionales para mantener la competitividad entre sus diferentes plantas». Así lo evidencian casos que también afectan al País Vasco, como el de Mercedes, que ya no fabricará solo en Vitoria su nuevo modelo eléctrico, sino que se producirá también en Alemania y Polonia. Vidrala o Tubacex cuentan también con plantas en otros países.

De las Fuentes insiste también en que el problema, «más grave aún que las huelgas, está en el absentismo». Señala, además, que en una situación de cambio como la que atraviesa la economía, se hace necesaria una negociación social «de alto nivel». Un pacto entre los máximos dirigentes sindicales, empresariales y políticos «que de suelo para los próximos cinco o diez años».

Siembras vientos y recoges desinversiones

Hay una clara tendencia en la industria vasca más tradicional, la que genera más empleo, a replegarse y desviar sus nuevas inversiones a otros lugares

ANÁLISIS
MANU ALVAREZ

El diputado general de Álava, Ramiro González, recibe con cierta frecuencia reclamaciones para que la Diputación «haga algo» en el Valle de Ayala, ante lo que se vislumbra ya como una zona industrial que languidece huérfana de grandes inversiones. Las últimas décadas han servido para constatar que lo que fue un enclave privilegiado en el asentamiento de una industria floreciente, tiene ya un aroma de declive. Están los que estaban, algunos de ellos en crisis, pero no llega nadie nuevo a invertir y el crecimiento de las compañías locales se produce fuera, a muchos kilómetros del País Vasco. «No sé que se puede hacer», suele responder Ramiro González a sus interlocutores «porque lo que no encontramos son empresas que quieran invertir allí», admite con sinceridad en esos momentos. El aroma que ha dejado en la zona una elevada presión sindical, cuando menos singular, actúa como las velas de citronela cuyo olor repele la llegada de mosquitos. En este caso de empresarios, inversiones o crecimiento.

La decisión de Michelin de rebajar el calendario de producción en su planta de Vitoria puede asumirse como una reacción lógica y coyuntural ante una demanda en el sector de automoción, que claramente apunta hacia abajo el próximo año, pero también como un toque de atención sobre lo que puede suceder en el futuro. No ya cuando haya caída de demanda sino, al contrario, cuando el mercado esté boyante. Hay ya demasiadas señales como para no darse cuenta de que hay alarma. La industria vasca más tradicional, la más asentada, la de empleo masivo, está bajando muchas persianas. La duda es si se abren otras nuevas y todo apunta a que los nacimientos son claramente más bajos que las defunciones. También tenemos un problema de 'demografía industrial', no solo ciudadana.

Esta misma semana que acaba de terminar, el consejero delegado de Tubacex, Jesús



Tubacex, que sufrió nueve meses de huelga, proyecta invertir fuera de Euskadi. EFE

Esmerís, se reunía en Madrid con un nutrido grupo de analistas financieros para desgarnar el plan estratégico de la compañía y las últimas estimaciones. Un futuro aparentemente muy optimista, con crecimientos significativos de la facturación en los próximos años y con proyectos apasionantes en nuevos productos. ¿Crecimiento en Euskadi? Nada. Estrategia de mantenimiento, en el mejor de los casos, y con tendencia a la reducción. «Tenemos los salarios más elevados allí y eso que tenemos fábricas en Italia, Noruega o Austria, que no son precisamente países de costes laborales bajos», admitió Esmerís. La trayectoria de la empresa y la huelga total en las dos factorías de Llodio y Amurrio en 2021, que se prolongó durante nueve meses, han dejado huella.

Hay epidemia

No es una anécdota. Es más bien una epidemia. Vidrala, otra compañía del Valle de Ayala, ha anunciado esta semana a los representantes sindicales que va a cerrar uno de los tres hornos que tiene la empresa en Llodio para la fa-

bricación de botellas de vidrio. Supondrá la eliminación de 80 empleos con medidas no traumáticas. No es una empresa en crisis sino en crecimiento, que en los últimos años ha invertido para crecer en Reino Unido, Brasil y más cerca, Portugal, donde puso en marcha el pasado mes de marzo un nuevo horno. Tiene el mismo problema que Tubacex. Sus salarios en Euskadi son los más altos de todo el grupo.

Que nadie piense que es un fenómeno alavés. Nada de eso. Un buen número de empresas vizcaínas y también guipuzcoanas han comenzado a desviar algunas de sus nuevas inversiones fuera del País Vasco, con un doble objetivo: aumentar su capacidad de producción y protegerse frente a un dilatado periodo de huelga. Son, aunque a pequeña escala, fábricas gemelas a las que esas empresas tienen en el País

Vidrala también ha anunciado esta semana que cerrará uno de sus hornos de la planta de Llodio

Vasco. No quieren verse atados de pies y manos ante un conflicto laboral que, como sucedió con Tubacex, puede prolongarse durante casi un año.

«Algunos no quieren darse cuenta de que para una multinacional somos poco más que una chincheta en el mapa», apunta un dirigente sindical que observa con preocupación, interna y global, la radicalización que se ha consolidado en Euskadi. Interna porque lo cierto es que las elecciones sindicales revelan con claridad que las opciones más duras que representan ELA y LAB no solo se consolidan, sino que crecen. Preocupación global porque la falta de pulso inversor no pasa desapercibida. «El conocimiento, la tecnología la tienen las empresas, no la plantilla, de ahí que sean capaces de hacer el mismo producto en cualquier fábrica que tengan por el mundo. Estamos en competencia permanente y si queremos salarios más altos también habrá que admitir que hay que mejorar la competitividad e ir a productos de mayor valor», admite también este sindicalista en privado. Curioso, la frase la suscribiría el 100% de los empresarios.

